

D. DE PABLO MAROTO, *Espiritualidad de la Alta Edad Media*, Madrid, Editorial de Espiritualidad 1998, 472 pp.

Los caminos para llegar a Dios son infinitos. ¿Qué hombre no ha luchado para alcanzar la felicidad, la paz de su espíritu? En todos los pueblos, en todas las épocas, el hombre siempre ha intentado buscar —aunque muchas veces no lo ha encontrado— algo que alivie sus ataduras al cuerpo y le sirva de acariciadora brisa en su arduo caminar por este mundo. Las gentes de la Alta Edad Media (siglos VI-XII) en una Europa que comenzaba a ser totalmente cristiana en medio de pueblos bárbaros, también interiorizaron y desarrollaron en todos los ámbitos de la vida y de la sociedad una espiritualidad, que les ayudó a seguir avanzando en una época, en ocasiones, dura y difícil. Daniel de Pablo Maroto, toda una autoridad en la Historia de la Iglesia y de la espiritualidad, presenta en este completo volumen una magistral síntesis sobre todos los aspectos relacionados con la espiritualidad en un período tan crucial de la Europa cristiana desde la descomposición del mundo antiguo hasta el siglo XII. No obstante, el autor afirma en la presentación del volumen (pp. 9-11) que espera obsequiarnos pronto con otra entrega sobre la espiritualidad en la Baja Edad Media (siglos XIII-XV), lo que promete ser muy interesante en cuanto que, sin duda, ofrecerá con su habitual claridad un instrumento indispensable para el estudio del caldo de cultivo que desembocaría en un movimiento único, uno de los mayores cambios en el pensamiento y espiritualidad de la Europa occidental, a saber, el humanismo renacentista. Mas, parafraseando al mismo autor, en esa espera y esperanza vivimos, y mientras tanto, conformémonos con esta primera entrega.

El volumen está articulado en seis grandes partes, cada una de ellas está dividida en distintos capítulos y cada capítulo en sus correspondientes epígrafes, lo que da idea de la claridad de exposición conceptual del autor, que, desde luego, no se caracteriza por perderse en vaguedades ni por la falta de orden, sistema y rigor en sus explicaciones, siempre aderezadas con interesantes notas y abundante bibliografía. Y quiero resaltar este aspecto, ya que no conforme con la inclusión de un apéndice bibliográfico al final del trabajo (pp. 451-463), al comienzo de cada uno de los numerosos capítulos —que no de las seis partes generales— aporta todo un elenco de material bibliográfico más que suficiente para la profundización en el estudio de algún tema concreto.

La primera parte (pp. 15-51) está dedicada, a modo de introducción, a aclarar los tan amplios conceptos de historia, de historia medieval y de espiritualidad. Parece que los conceptos más difíciles de explicar son los de espiritualidad cristiana, a la que no duda en definir claramente, para no entrar en vacías polé-

micas, como «la “vida según el Espíritu”, vivir de acuerdo con las verdades reveladas, interpretadas por la Tradición de la Iglesia, siguiendo el instinto que Dios infunde en el corazón humano mediante su Espíritu» (p. 15), y el de Edad Media cuyo ser se define «en unos componentes esenciales concretos, fundamentalmente cuatro: el cristianismo, el romanismo, el germanismo y la cultura árabe» (p. 30). El capítulo dedicado a la conversión de Europa al cristianismo, da lugar a señalar y estudiar en la segunda parte del libro (pp. 55-178) las cuatro figuras capitales, los cuatro pilares, los cuatro grandes maestros de la espiritualidad de este período: “San Benito, patrono y artífice de Europa”, que con la composición de su *Regla* reguló la vida monástica y cuyos espirituales méritos le han valido el calificativo de «padre de Europa» en boca de S.S. Pío XII (pp. 55-87); “San Gregorio Magno, manantial de la Edad Media”, gran maestro de la Europa medieval, hombre de una piedad y caridad excepcionales, que supo primar la Palabra de Dios y convertirse en misionero de la Iglesia en una época conflictiva (pp. 89-127); “San Isidoro, teólogo espiritual de la España visigoda”, gran teólogo y doctor de la Iglesia, que gracias a su prodigioso intelecto y a su amor por lo clásico logró salvar muchos vestigios de la Antigüedad y transmitirlos a la posteridad (pp. 129-143); “San Bernardo, faro en la noche medieval”, un hombre divino excepcional de una producción y espiritualidad desbordante y compleja (pp. 145-178). Después de tratar la figura de estas cuatro lumbreras de la Alta Edad Media, la parte tercera está dedicada a «La espiritualidad de los reinos bárbaros» (pp. 181-219), que no hace mucho tiempo habían provocado con sus invasiones la desmembración del Imperio Romano y el final de la Antigüedad clásica. Tres son las zonas bárbaras de las que se ocupa el autor: el reino de los visigodos, que significó un período de unidad política, tras afincarse en la Península Ibérica y conquistar el reino suevo y cartaginés, y de unidad religiosa, después de que Recaredo se convirtiera al catolicismo en el 587 y con él todo el pueblo, lo que provocó una renovada ola de espiritualidad en la iglesia visigótica, que se traduciría en la aparición de autores y guías espirituales como los santos Martín de Braga, Leandro de Sevilla, Fructuoso, Valerio, Braulio de Zaragoza, Ildefonso o Eulogio de Córdoba; las Islas Británicas, que sufrieron una época de evangelización que comenzó San Agustín y continuaron dos figuras claves en el mundo de la espiritualidad y de la cultura: San Columbano y San Beda el Venerable; por último, el imperio carolingio de los francos, que, tras los reinados de Carlos Martel y Pipino el Breve, desembocaría en una época de un esplendor inigualable en todos los ámbitos gracias a la figura de Carlomagno, que aseguró la unidad política, religiosa y cultural del imperio.

Las tres últimas partes del libro están dedicadas a la espiritualidad monástica, sacerdotal y laica respectivamente. La renovación de la espiritualidad monástica (pp. 223-297) se encuentra íntimamente ligada a los acontecimientos históricos que siguieron al desmembramiento del imperio carolingio y a la última oleada de invasiones de pueblos bárbaros del norte y este de Europa, cuya conversión al cristianismo no se producirá hasta bien entrado el siglo XI. La Iglesia pasa por una época decadente, el llamado «siglo de hierro», donde las investiduras eclesiásticas estaban a cargo de las autoridades laicas, el clero podía casarse a su antojo y la compra-venta de los oficios-beneficios eclesiásticos se encontraba a la orden del día. Tras las tentativas de León IX y Nicolás II, será Gregorio VII el papa encargado de atajar todos estos problemas, con la famosa «Reforma gregoriana». Sin embargo, en medio de la degradación eclesiástica y de la pérdida del poder papal de Roma, surge la fundación por impulso del duque de Aquitania Guillermo el Piadoso hacia el año 909 de la abadía de Cluny y con ella la expansión de los monasterios cluniacenses, lo que constituirá todo un hito social, político y religioso durante toda la Edad Media. D. de Pablo señala que son varias las razones que avalan este espectacular desarrollo de Cluny: «Primero, que naciera como semilla de reforma en medio de un ambiente eclesialmente corrupto [...] Segundo, que en una sociedad feudal haya obtenido el privilegio de la exención de los poderes civiles y eclesiásticos. Tercero, que en un momento de degradación del poder papal en Roma, se haya sometido directamente a él colaborando en un movimiento centralizador de la curia romana. Cuarto, su misma extensión numérica [...] Quinto, Cluny forma una verdadera orden monástica -*ordo cluniacensis*- en el sentido de que los monasterios están federados a la casa madre de Cluny.» (p. 232-233). Un siglo más tarde comienza a surgir, probablemente como fruto de la reforma de Gregorio VII, un movimiento de una elevada espiritualidad, el eremitismo, cuyo máximo exponente es la Cartuja, fundada por San Bruno cuyas costumbres vitales y espirituales, basadas en la oración, el trabajo, la austeridad y la pobreza, sustituyeron a las reglas monásticas. Junto a Cluny y a la Cartuja, otro movimiento surge con fuerza en el siglo XI, el nacimiento de la orden del Cister con el retorno a la *Regla* de San Benito en su estado más puro, en medio de una plena explosión demográfica y económica en Europa así como del nacimiento de las ciudades, universidades y del inicio de las Cruzadas. Ante la eclosión de las órdenes monacales, ¿qué ocurría mientras tanto con los sacerdotes seculares? A esta pregunta se da respuesta en la quinta parte de este manual (pp. 301-368). Antes de estudiar la figura del sacerdote, el autor realiza una visión global de las estructuras eclesiásticas en las que

éste se tiene que mover, para pasar a continuación a describir la caracterización espiritual e intelectual del clero diocesano y de los canónigos regulares. Finalmente, la última parte está dedicada al estudio de la espiritualidad de los laicos y a las distintas manifestaciones de la religiosidad popular (pp. 371-433). Para abordar el estudio de este tema es necesario confesar los escasos documentos de los que disponemos para conocer la verdadera y no ideal realidad espiritual y religiosa de todos los estamentos que componen la sociedad laica y no sólo la de las altas esferas. Uno de los instrumentos de los que disponemos son los tratados —*Liber de vita christiana, De institutione laicali...*— dedicados a la preparación del pueblo laico, que podían ser utilizados por las cultas autoridades eclesiásticas para aleccionar a la grey. «Por religión del pueblo, religiosidad popular o piedad popular entendemos el conjunto de hondas creencias selladas por Dios, de las actitudes básicas que de esas convicciones derivan y las expresiones que las manifiestan. Se trata de la forma o de la existencia cultural que la religión adopta en un pueblo determinado» (p. 384). Las creencias populares y las manifestaciones de religiosidad popular se revelan en multitud de formas, la mayoría de las veces muy simples, de entender la figura de Dios, de Cristo, de la Virgen María y de los santos. Sin embargo, esta fe popular cristiana se va a ver rodeada por numerosos elementos mágicos y supersticiosos, muchos de ellos derivados del sustrato cultural judío, grecorromano y germánico sobre el que se asentaba la cultura medieval. Para concluir este apasionante paseo por la espiritualidad en la Alta Edad Media, se hace una somera mención de ciertos movimientos laicos, agrupados bajo un mismo espíritu, que desembocaron muchas veces en herejías. Entre éstos destacan los herejes de Arras-Cambrai y Montforte, la Pataria milanesa y otro tipo de movimientos mesiánicos y proféticos. La obra concluye con un epílogo (pp. 437-448) en el que se plasma una exposición sistemática de los principales temas analizados —el alma de la Europa medieval, el monasticismo, la monastización de la Iglesia, la proclamación y actuación de la reforma, el camino clerical, el pueblo de Dios: los laicos, el camino espiritual del cristianismo, el humanismo cristiano, el servicio a los hermanos, la herencia frustrada de San Gregorio Magno y la tensión escatológica— así como una mirada al presente y futuro desde el pasado (p. 444): «Pensar nuestro presente desde el pasado para preparar el futuro. En este acceso al tercer milenio, próximo ya a inaugurarse, los ideales y los valores de la Edad Media pueden ser un signo de profecía si les damos un nuevo sentido».

LUIS PARRA GARCÍA